



PLANETA

CONTEMPORÁNEO

HILO DE SANGRE AZUL

PATRICIA LARA

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta
Ilustración de cubierta: (CC BY-SA 2.0) colinlogan_via_flickr

© 2012, Patricia Lara

© 2014, Editorial Planeta Colombiana S. A.

Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-4014-9

ISBN 10: 958-42-4014-5

Primera edición: julio de 2014

Segunda edición: enero de 2016

Tercera edición: septiembre de 2016

Cuarta edición: marzo de 2017

Quinta edición: febrero de 2019

Sexta edición: enero de 2020

Impreso por: Editorial Nomos S. A.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

PATRICIA LARA (biografía)

Estudió filosofía y letras en la Universidad de los Andes, hizo un posgrado en ciencias de la información en L'Institut Français de Presse de la Universidad de París II y obtuvo la maestría en periodismo en Columbia University, Nueva York. En 1974 fundó, con el expresidente Carlos Lleras Restrepo, el semanario *Nueva Frontera*. Fue corresponsal en Europa, Estados Unidos y América Latina de *Alternativa y Proceso* (México), de *El Espectador* y Caracol. Colaboró con *Cromos* y *Latin American News Letter*, así como con *El Tiempo*. En 1993 fundó en Colombia, con el español Juan Tomás de Salas y Daniel Samper Pizano, *Cambio 16*. Fue presidenta de este semanario durante cinco años y luego directora de 1996 a 1998. En 1994 ganó el Premio Nacional de Periodismo CPB con su informe sobre drogas. En 2000 obtuvo el Premio Planeta de Periodismo por su trayectoria profesional y por su libro *Las mujeres en la guerra*. En 2005 publicó *Amor enemigo* y en 2009 *Hilo de sangre azul*.

A María, mi editora...

*Y a mi papá, Rómulo Lara,
un importante empresario, quien
ante todo fue un gran padre...*

*Madre, yo al oro me humillo,
él es mi amante y mi amado,
pues de puro enamorado
anda continuo amarillo.*

Francisco de Quevedo y Villegas
Poderoso caballero es don Dinero

*A los ojos de muchos, la moral consiste solamente
en las precauciones que se toman para trasgredirla.*

A. Guinon

ÍNDICE

PRIMERA PARTE	13
I	15
II.....	25
III.....	74
IV.....	120
V	139
VI.....	161
VII.....	166
SEGUNDA PARTE.....	223
Agradecimientos	279

PRIMERA PARTE

Cuando Sara Yunus bajó la mirada para buscar en su bolso las llaves de su apartamento, vio sobre el piso blanco y gris de mármol de Carrara de la recepción una mancha roja seguida por un hilo de sangre que asomaba por la puerta de las escaleras de emergencia del edificio Portales de La Cabrera, al norte de Bogotá.

Eran las seis y media de la tarde. Apenas tenía tiempo de recoger los tiquetes que por descuido había dejado sobre su mesa de noche, y de correr a encontrarse con su novio, Sergio Sader, quien a las siete la esperaría en la puerta del Teatro Libre para asistir al concierto de piano que, con motivo del Festival de Jazz, daría esa noche de septiembre Chucho Valdés, el hijo de Bebo, otro grande de la música cubana.

A pesar de su prisa, Sara, una periodista a quien la pasión por el oficio impulsaba a dejarlo todo con tal de llegar al fondo de una noticia o de conocer los secretos de un personaje, abrió la puerta y observó que el hilo de sangre descendía del segundo piso. Subió las escaleras a zancadas y vio que la mancha surgía del portón del apartamento 201, donde vivía Pedro Ospina, un financista que había incursionado con éxito en el mercado extrabancario, pero ahora atravesaba una crisis porque la gente de la alta sociedad que antes confiaba en él empezaba a retirarle los depósitos, dados sus frecuentes atrasos en el pago de los intereses.

Sara timbró. En el apartamento de Ospina solo se escuchaba el silencio. Entonces golpeó en la puerta de la portera, Elvira Gutiérrez, a quien algunos habitantes del edificio le dejaban copias de sus llaves.

– ¡Creo que ocurrió una tragedia, Elvira! Hay sangre en la puerta del 201 y nadie abre –dijo.

La portera refunfuñó.

– ¡Ojalá le haya pasado algo a Ospina! –exclamó.

– ¡No diga eso! –la regañó Sara.

Elvira, una mujer arrugada y robusta, buscó en el tablero donde mantenía colgadas las llaves de los apartamentos, tomó las del 201 y caminó despacio.

– ¡Rápido que voy a perderme el concierto! –la increpó Sara.

La portera meneó con parsimonia su cuerpo sostenido por sus piernas arqueadas y llenas de várices. Cuando llegó al segundo piso, vio a Sara paseándose de un lado a otro del corredor. Introdujo la llave en la cerradura, la giró hacia la izquierda, empujó la puerta, encendió la luz y exclamó:

– ¡Virgen Santísima!

El cuerpo de Pedro Ospina yacía sobre el piso de madera del vestíbulo. Estaba sobre el lado izquierdo. Parecía mirar fijamente la puerta con sus enormes ojos cafés protegidos por tupidas pestañas. De la boca le salía un hilo de sangre que le humedecía su espesa barba negra. Con la mano derecha empuñaba una pistola. Parecía sonreír.

Sara se arrodilló junto a Ospina y le colocó el oído sobre el corazón.

– ¡No escucho latidos, Elvira!

La portera le tomó la muñeca izquierda y le buscó el pulso hasta que dijo:

–Yo fui auxiliar de enfermería en mi pueblo, doña Sara... Por eso sé que don Pedro está muerto... Pero está tibio todavía...

Sara miró el reloj: faltaban diez minutos para las siete. Abrió su cartera, con dificultad encontró su celular y llamó a Sergio Sader quien acababa de dejar el auto en el parqueadero del Teatro Libre.

–Encontramos muerto a Pedro Ospina. Parece que se suicidó –le contó.

Sara le dijo a su novio que iba a llamar a la Policía y que esperaba que llegara pronto para alcanzar a oír siquiera la segunda parte del concierto de Chucho Valdés.

Desde hacía diez años, cuando había asistido a una presentación del conjunto cubano Irakere en el Lincoln Center de Nueva York, y había oído su adaptación al jazz del *Concierto para flauta y adagio* de Mozart, soñaba con volver a escucharlo. Pero Arturo Sandoval y Paquito d’Rivera se habían ido de Cuba, de modo que ese concierto de ensueño, donde ambos hacían los solos de flauta y de trompeta, no había vuelto a tocarse. Sin embargo ahora, como premio de consolación, Sara podría ver al maestro Chucho Valdés, director de Irakere, jugando con su piano e improvisando el mejor jazz salpicado de ritmo y de son cubano. No asistir a la única presentación que Valdés tendría en Bogotá sería frustrante para ella. Pero también lo sería no esperar a que llegara la Policía para enterarse de los detalles del levantamiento del cadáver de su vecino, cuya muerte suscitaba más de una pregunta.

–Creo que Pedro se suicidó... Pero también hay más de uno que podría haberlo matado, ¿no cree, Elvira?

La portera, una madre soltera endurecida por la vida, cincuentona, pero de rostro que revelaba unos 65 años, baquiana

en estirar su salario para que le alcanzara para sostenerse y pagar la pensión del colegio de su hijo Juancho, exclamó:

–¡Ese señor perjudicó a mucha gente, doña Sara! A mí me hizo darle los cinco millones que guardaba para completar los siete de la cuota inicial de la casita que quiero conseguir. Me convenció con el cuento de que me pagaría intereses del cuatro por ciento mensual y, en menos de un año, me entregaría la cuota inicial. Y yo le creí. Hace poco le pedí que me los devolviera. Pero se hizo el bobo hasta hoy, cuando acabó muriéndose. ¿Y ahora quién va a pagarme, doña Sara?

Sara llamó por teléfono a la Policía.

–Soy Sara Yunus. Encontramos un muerto en el apartamento 201 del edificio Portales de La Cabrera, en la carrera 8 # 88-99. Vengan pronto, por favor.

La operadora dijo que la Policía llegaría en quince minutos. Sara colgó, activó la opción de cámara de su celular, tomó fotografías del cadáver desde distintos ángulos, descendió las escaleras, abrió la puerta de su apartamento, se dejó caer en el sillón de su estudio donde acostumbraba sentarse a leer, y llamó a Juan de Dios Cleves, el abogado de Pedro Ospina, quien vivía en el apartamento 401. Cuando se disponía a colgar, escuchó la voz de Eduviges, la empleada doméstica, al otro lado del auricular:

–Residencia del doctor Juan de Dios Cleves, ¿a la orden?

Sara pensó que Cleves le había impuesto a su mucama esa forma alambicada de contestar el teléfono porque no sabía qué más inventarse para demostrar que había ascendido en la escala social: usaba ropa Versace, zapatos Ferragamo y corbatas Hermès. Pero combinaba los colores a la loca: la última vez que lo vio llevaba medias verdes, vestido gris, zapatos marrones, corbata morada y camisa azul.

Eduviges le informó que Cleves había salido de la ciudad. Entonces marcó el número de su celular pero le respondió el buzón de voz. Le dejó un mensaje en el que le pedía que la llamara cuanto antes y pensó que su vecino se había ido de parranda con alguna de sus amantes.

–Juan de Dios no tiene remedio –se sorprendió diciendo en voz alta, mientras recordaba la noche que había pasado con él antes de conocer a Sergio Sader, un hijo de inmigrantes libaneses, brillante, bien parecido y, sobre todo, muy bien dotado, sociólogo y filósofo, profesor universitario de la izquierda radical de quien, desde el instante en que lo miró y lo escuchó hablar, se enamoró perdidamente.

Sara no conocía la razón del éxito con las mujeres de Cleves, un cuarentón rubio, enjuto, de bigote ralo, escaso de estatura y medio bizco, que saludaba con fugaz beso en la boca a las damas que así se lo permitieran. Era inteligente y buen conversador, eso sí. Pero esas cualidades no bastaban para tener tantas mujeres rendidas a sus pies. Tal vez su facilidad para conquistarlas surgía de su permanente búsqueda de protección y reconocimiento. Quizás así despertaba en ellas su instinto maternal. Además, como intentaba seducir a todas las que se le pasaban por delante sin importarle si eran gordas o flacas, bonitas o feas, jóvenes o viejas, algunas caían en sus redes, no obstante que la mayoría lo rechazaba. Es que el harén de Juan de Dios Cleves pertenecía al grupo de mujeres que aman demasiado, esas que no pueden alejarse del hombre que las maltrata y para quienes se han escrito tantos libros de autoayuda. Pero como a Sara no le gustaba sufrir, se limitó a saciar su curiosidad, durante una sola noche, para tratar de descubrir, sin éxito, dónde se escondía el atractivo sexual de su amigo Juan de Dios.

Sara miró el reloj: eran las siete y veinte de la noche. Telefonó de nuevo.

–La Policía ya salió para allá, debe estar llegando, señora –le dijo la operadora.

Entonces se sirvió un trago doble de whisky Johnnie Walker Sello Negro en las rocas, puso el *Concierto para piano número 2* de Rachmaninov, se recostó en el sofá de la sala y sintió su espalda llena de nudos.

–Para aliviar la tensión lo mejor es tomarse un par de whiskys –recordó que le había dicho su ortopedista.

Mientras esperaba a la Policía buscó en su celular las fotografías de Pedro Ospina y las amplió: tenía puestos unos mocasines negros, pantalón caqui, chaqueta de cuero café y camisa blanca. No llevaba corbata, lo que era extraño.

“Seguro planeaba salir de Bogotá”, pensó.

Sara se detuvo en una fotografía donde Pedro Ospina parecía un adonis dormido, con su rostro blanco de facciones perfectas, su barba bien cuidada y su cuerpo musculoso. Entonces se percató de que le dolía su muerte, a pesar de que la amistad entre los dos se había malogrado a raíz de la publicación de un artículo suyo en *El Meridiano*, diario donde ella era la jefa de la Unidad Investigativa. En él contaba que la quiebra de Ospina se había desencadenado porque su esposa, Margarita Díaz, hija de un rico empresario, empujada por el despecho, lo había abandonado y le había retirado las garantías de la compañía de su padre, usadas por él como respaldo para que los bancos le prestaran al final del mes la plata que le faltaba para pagarles los intereses a sus clientes. Ese artículo de Sara hizo que se profundizara su debacle, pues produjo una desbandada de ahorradores, un retiro masivo de depósitos y el incumplimiento de Ospina con los pagos de los intereses.

“Me duele haber perjudicado a Pedro, pero esos son los dilemas éticos que a menudo enfrentamos los periodistas: nos toca perder amigos, soportar la furia de los políticos y los anunciantes y la presión de los allegados y de los gerentes de los medios, antes que ocultar la verdad”, pensó Sara, mientras se sirvió el segundo trago de whisky.

Entonces oyó que Elvira timbraba y le decía que ya los policías estaban ahí.

–Vivo en el apartamento de abajo –les dijo la periodista–. La portera y yo encontramos el cadáver.

–Tendremos que aclarar en nuestro informe que ustedes entraron a la escena del crimen antes de que se iniciara la investigación –le contestó uno que dijo llamarse Eugenio Piraquive.

–¿Por qué habla de crimen si es casi seguro que fue un suicidio? ¿No ve que el muerto tiene la pistola en la mano? –preguntó Sara.

–Es una forma de decir, señora... Pero eso finalmente lo determinará la investigación judicial –manifestó Piraquive, y le pidió a García que sacara de su maletín la cinta amarilla.

–Hay que acordonar la escena del crimen para que nadie se aproxime a ella y altere o destruya alguna evidencia –dijo Piraquive.

–¿Cuánto tardará el equipo de Policía Judicial? –preguntó Sara.

–Tal vez un par de horas –respondió García.

Eran las ocho y veinte de la noche. Sara calculó que alcanzaría a llegar a la segunda parte del concierto. Pensó que debía avisarle a Margarita Díaz que su ex marido había muerto, pero no tenía su teléfono. Además, ella le había retirado el saludo cuando publicó en *El Meridiano* su artículo sobre

la incidencia de su separación matrimonial en la situación financiera de su esposo.

–Llame usted a Margarita, Elvira –le pidió a la portera.

Sara se montó en su Volkswagen rojo, arrancó a toda velocidad, encendió el radio y escuchó que un reportero azuzaba la polémica entre una periodista y un áulico del presidente, quien daba argumentos para justificar la reelección de su jefe.

“Los que están en el poder siempre son iguales: se apegan a él de tal forma que se inventan cualquier cosa para hacerles creer a los ingenuos que son indispensables y que si no son ellos los que gobiernan se produce la hecatombe”, pensó.

Sara llegó al Teatro Libre cinco minutos antes de que comenzara la segunda parte del concierto. Miró hacia donde el instalador le indicó que quedaba su puesto y vio a Sergio conversando con su vecina. Al aproximarse se dio cuenta de que se trataba de una rubia de cabello largo y crespo, esbelta, quien lo tenía muy entretenido.

–¡Por lo visto no puedo dejarte solo un minuto!

Sergio tomó la mano de Sara y le presentó a la soprano Gioconda Simoneta, quien daría un recital en Bogotá.

En ese momento se apagaron las luces del teatro y, en medio de aplausos, apareció Chucho Valdés, un poco más gordo que hacía diez años, con sus casi dos metros de estatura, su piel color chocolate, sus dientes blancos que resplandecían cuando sonreía y ese carisma suyo que irradiaba hacia el auditorio.

–¿Qué pasó con Pedro Ospina? –le preguntó Sergio.

–Después te cuento –le dijo ella.

Chucho Valdés improvisó “El manicero”, y lo que era un sabroso son se volvió una pieza de jazz que se reinventaba a cada compás. Luego de haberlo visto pasearse por el teclado y jugar con el piano hasta hacer delirar al público, Sara y Sergio

salieron sin esperar a que el pianista complaciera a su auditorio con una canción más.

A las diez y media ya estaban de nuevo en el edificio Portales de La Cabrera. Cuando iban a entrar al apartamento de Sara oyeron que timbraban en la portería. Eran el hombre y la mujer que conformaban el equipo de Policía Judicial. La periodista les dijo que le gustaría acompañarlos.

–Bien pueda señora –repuso la mujer, al tiempo que Sergio exclamó:

–¡Tu curiosidad no tiene límites, Sara! Yo te espero en la casa porque no me gusta mirar a los muertos!

–¡La que no tiene límites es mi pasión por el periodismo, mi amor! –contestó ella.

La dama, que se presentó como Matilde Salguero, con gafas de pasta café y mal peinada, era fotógrafa y dactiloscopista. El hombre, Rodolfo Escrucería, robusto y de bigote al estilo de los charros mexicanos, era planimetrista y experto en balística.

Mientras Rodolfo dibujaba el croquis del hecho e indicaba la posición del cadáver y del arma, Matilde tomaba fotos, se ponía los guantes quirúrgicos, depositaba la pistola en una cajita de cartón, hacía lo mismo con la vainilla encontrada por ella en el piso, tomaba las huellas de la puerta, de la mesa de la sala y de un vaso dejado ahí, recogía una colilla de las que había en un cenicero del estudio para mandarla a que le practicasen una prueba de ADN y le pedía a Rodolfo que determinara si había correspondencia entre el proyectil hallado y la pistola nueve milímetros con silenciador encontrada en el lugar.

–Yo no estoy seguro de que haya sido un suicidio, Matilde –dijo Rodolfo Escrucería–. La posición en que se encuentra el arma no coincide con la trayectoria del proyectil... En la muerte de este occiso tuvo que participar alguien más...

–Pero yo no veo evidencias físicas que indiquen presencia de otra persona, Rodolfo –manifestó la dactiloscopista.

–Esperemos a que el médico realice la inspección del cadáver –concluyó el experto en balística.

A la una de la madrugada Sara estaba agotada. Aún faltaba que el equipo de Medicina Legal se llevara el cuerpo de Pedro Ospina para que le realizaran la autopsia.

–Elvira, por favor, avísame cuando esté aquí el médico forense –dijo.

–¡Váyase a dormir, doña Sara! Hoy no va a pasar nada más...

–¿Le dio la noticia a Margarita? –preguntó.

–Nadie contestó –repuso la portera.

–Mañana buscaremos la forma de avisarle...

Sara se acostó vestida junto a Sergio que roncaba tranquilo. Ella no pudo dormir: se lo impidió el recuerdo del rostro de Pedro Ospina, su mirada fija, su barba ensangrentada...

De pronto dudó: ¿Cómo pudo salir ese hilo de sangre del apartamento y descender las escaleras?

A las tres de la mañana Sara escuchó el timbre del teléfono. Era Elvira que la llamaba para contarle que había llegado el equipo de Medicina Legal.

–¿A dónde vas a estas horas? –le preguntó Sergio.

–¡A ver la inspección del cadáver!

–Vuelve pronto que no me gusta dormir solo.

–¡Ve a buscar a tu Gioconda!

–Me encanta verte celosa, mi amor –le contestó su novio, quien se volteó para seguir durmiendo.

Sara subió corriendo las escaleras del edificio.

–Soy Sara Yunus, periodista y vecina del finado –le dijo al médico forense.

–Mucho gusto, Jesús María Portocarrero –contestó él.